

Historias Acuarianas Para Niños

¿Qué Niño es Este? por Gussie Ross Jobe

Hace muchos años, en el pueblo de Gdynis, en Polonia, muy cerca del río Dniéper, una pequeña cabaña humilde se apretujaba tristemente contra un cobertizo, y el mismo techo de paja cubría ambos. El cobertizo estaba destinado a los animales de la granja y lo construyeron cerca para poder alcanzarlos fácilmente si los lobos los atacaban en medio de la noche. Pero, ¡ay! desde hacía más de un año, el cobertizo no albergaba ni cabra ni cerdo. La casa albergaba a una madre y dos hijos: un niño de doce años llamado Ignacio y su hermana menor Vilma.

Eran muy pobres. Incluso cuando el padre Stradka estaba con ellos, era difícil encontrar comida y ropa. Ya había pasado un año desde que el padre había sido arrastrado por la borda de su pequeño barco pesquero una noche tormentosa, y nunca se encontró ningún rastro de él. La madre había asumido la carga de mantener a su pequeña familia. Había conseguido trabajo durante el día en la casa grande de la colina, perteneciente a la rica familia Varcona.

Ese día hacía muchísimo frío. Ignacio y Vilma habían trabajado duro arrastrando ramitas secas del bosque. Estas se quemaban rápidamente en la estufa de porcelana, apenas alcanzaban para quitar el frío de sus manos. Estaban guardando los trozos más grandes para quemarlos cuando su madre regresara al atardecer. De pie frente a la ventana, mirando a través del vidrio empañado por la escarcha, observaban la curva del camino para ver a su madre en cuanto apareciera. ¡Oh, qué hambre tenían! Porque era Nochebuena y el último de los tres días de ayuno. Habían ayunado porque su madre decía que era lo correcto y que traía buena suerte, y además, había muy poca comida. Esa noche, cuando apareciera la primera estrella en el cielo, terminaría el ayuno.

Esperaban que su madre trajera de la casa grande algunos restos ricos, pero la familia Varcona era tacaña y miserable, aunque eran bastante ricos. A menudo, la madre Stradka se alegraba de traer los huesos y las pieles de pescado, junto con las cáscaras de los nabos y las hojas exteriores del repollo, con los que preparaba una sopa bastante buena para sus hijos. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que habían probado leche, porque habían vendido su única cabra cuando no pudieron comprar más pan. Pero habían quedado unas cuantas pajas en el cobertizo, y los niños las habían esparcido sobre la mesa, que habían puesto para cuatro lugares: para su madre, para ellos mismos y para el Niño Jesús, porque sabían que Él vendría a cenar con ellos después de los tres días de ayuno si le ponían un plato. Las pajas eran un símbolo de Su pequeño pesebre, pero Vilma e Ignacio no lo sabían. Ellos solo sabían que era costumbre poner pajas sobre la mesa de la fiesta en Navidad.

De vez en cuando miraban la mesa y sus rostros expresaban profunda satisfacción por su aspecto. Los platos de madera estaban fregados hasta quedar perfectamente blancos; el tazón estaba vacío, esperando lo que su madre pudiera traerles de la mesa de los Varcona. Sus pequeñas tazas no contendrían más que agua, o un poco de té débil sin azúcar si la cocinera de la casa grande derramaba unas cuantas de las preciosas hojas sobre la mesa. Cuando eso ocurría, la madre las juntaba en un pequeño montón y las envolvía en un rincón de su turbante. ¡Cómo calentaban el té sus delgados estómagos!

Los niños vieron que estaba anocheciendo y observaron el cielo en busca del brillo de la primera estrella. ¡Allí estaba! Justo sobre el agua. ¡Qué grande y brillante estaba esa noche! Así de grande debió haber sido cuando los pastores que vigilaban dejaron sus ovejas y la siguieron hasta llegar al establo donde yacía el Niño recién nacido.

Una pequeña figura apareció ahora en la curva del camino.

—¡Ya viene! ¡Madre viene! —gritaron, y corrieron a poner los trozos más grandes de ramas en el fuego.

La madre caminaba penosamente por el camino nevado, pero su rostro paciente se iluminó cuando vio a los niños que la esperaban en la ventana. ¡Pobres pequeños! Cómo deseaba tener algo realmente bueno para ofrecerles. ¡Qué hambre debían tener después del ayuno!

—¡Vaya, vaya, vaya! —dijo al entrar por la puerta baja—. Qué fuego tan hermoso y cálido, y qué dulce y limpia se ve la mesa. Esperen, me quito el chal y calentaré la comida y... nunca lo adivinarán, así que se lo diré. La cocinera me dio un poco de café molido, y un terrón de azúcar cayó al suelo, así que la cocinera dijo que podía quedármelo. ¡Compartiremos café endulzado y remolachas en cubos para romper el ayuno esta noche sagrada!

Los rostros de los niños se desanimaron un poco, pero su madre se afanó llenando la tetera y raspando las remolachas espesas en una sartén. La madre fingió no ver su decepción, pero cuando se sentaron, repartió la comida en tres platos: uno para el Niño Jesús, uno para Vilma y uno para Ignacio. Sirvió solo muy poco del café débil y sin azúcar en su taza.

—Está muy bueno, madre —exclamaron después del primer bocado. Y, en verdad, cualquier cosa parecería buena después del ayuno.

—¿No quieres tú, madre?

—¡Ay, no! Estoy tan llena de comida. Comí con la cocinera. ¡Cómo desearía haberos traído mi parte!

—¿Qué comiste, madre? —preguntaron con la boca llena.

La madre buscó rápidamente en su mente y luego dijo con gran entusiasmo:

—Blinis, mis queridos. Buenos y ricos blinis.

—Blinis —repitieron ellos, y masticaron las remolachas más lentamente. Qué bonito habría sido romper el ayuno con blinis.

La madre bebió el último sorbo de su café y se levantó para mirar el pequeño abeto que los niños habían traído del bosque.

—Es muy bonito —dijo—, y del tamaño justo.

Aunque no había regalos ni adornos para colgar en este árbol, tener uno en casa en Navidad se consideraba de buena suerte.

Los niños, que estaban raspando los últimos restos de remolacha de sus platos, levantaron la vista de repente y vieron a un niño pequeño que entraba por la puerta. Era un niño muy hermoso, de la edad de Ignacio más o menos. Llevaba ropas pobres y sus pies estaban descalzos.

La madre se volvió y también lo vio. Corrió hacia él con un grito de compasión.

—¡Oh, mi pobre niño! Mira tus piececitos azules. ¿Están completamente congelados?

Acercó una silla vacía.

—Siéntate aquí, mientras los froto.

El niño miró las remolachas que habían sido apiladas en el plato del Niño Jesús. La madre notó su mirada de hambre.

—Cómelas —le dijo—. Eran para el Niño Jesús, pero Él querría que un niño hambriento se las comiera.

—Sí —dijo el niño al fin—, Él querría que entrara en calor y comiera.

Comió las remolachas y bebió el café mientras la mujer se sentaba en el suelo a sus pies y los frotaba entre los pliegues de su falda de lana. Ignacio se quedó de pie junto al niño. Pensó que nunca había visto unos ojos tan brillantes y vivos.

—¿Te escapaste del orfanato? —le preguntó Ignacio.

—No —respondió el visitante—, pero conozco a los niños de allí.

—¿De dónde vienes y a dónde vas? —le preguntó Vilma.

—Vengo de una tierra extraña y desconocida, y debo regresar a ella —sus ojos graves la miraron con amabilidad.

—Pero no esta noche. Madre, di que debe pasar la Nochebuena con nosotros. Hace demasiado frío para que un niño pequeño esté fuera.

—Pasaré la noche con muchos como ustedes —él hizo amago de irse.

—Al menos toma mis zapatos —Ignacio lo empujó de nuevo a su silla.

—¿Tienes otros?

—No, pero eso no importa. Puedo envolverme los pies en trapos hasta que llegue el clima cálido.

Sus manos estaban ocupadas con los cordones de los zapatos. El niño permitió que Ignacio le atara los zapatos en sus pies. Señaló el abeto desnudo en la esquina.

—Antes de irme, ¿quieres que te cuente cómo el abeto se convirtió en un árbol sagrado?

—¡Oh, sí! ¡Por favor!

Se acercaron a él mientras comenzaba. La voz del niño fluía como oro líquido, no fuerte pero sí clara. El pequeño fuego en la estufa de porcelana de repente emitió una ráfaga de calor. Olía como si hubieran echado sobre él una madera misteriosa y fragante, un aroma adormecedor que impregnaba toda la habitación. Desde debajo de una viga, un grillo cantaba en voz baja sin molestar el cuento. El fuego parpadeaba y resplandecía e iluminaba débilmente la habitación. A través de la pequeña ventana se podía ver la enorme estrella de Navidad.

—Hace doce siglos —comenzó el niño—, el buen inglés Wilfredo dejó su hogar en Inglaterra y, en Nochebuena, buscó a cierta tribu de paganos que hacían sacrificios humanos al "roble de la sangre". Debajo de ese Roble de Geismas encontró a esos paganos a punto de sacrificar al pequeño príncipe Asulf al dios Thor. Valientemente se abrió paso y, después de reprenderlos por su crueldad, tomó un hacha y derribó el árbol de sangre. Con sus brazos alrededor del pequeño príncipe, se enfrentó a la tribu enfurecida, que estaba dispuesta a matarlo allí mismo. De repente, en el lugar donde había estado el roble de la sangre, apareció un abeto brumoso. Los hombres de la tribu se sintieron sobrecogidos al ver que muchas hermosas bolas de luz se posaban entre las ramas del abeto. Allí parpadeaban y brillaban mientras los paganos retrocedían ante este milagro con temor y temblor. Ese fue el último del árbol de sangre y sus sacrificios humanos, y desde entonces el abeto simboliza la Navidad y es por eso que siempre está verde, año tras año.

La cabeza de la madre se mecía... se mecía... se mecía... Se enderezó de golpe y miró a través de la penumbra a sus hijos. Tanto Ignacio como Vilma estaban sentados con las cabezas inclinadas sobre los brazos cruzados que descansaban en la mesa. Pero el niño extraño se había ido.

El fuego se había apagado, pero la habitación seguía deliciosamente cálida y aún conservaba ese sutil aroma especiado que era tan dulce. La madre se levantó, angustiada por haber dormido mientras su invitado se había marchado sin su bendición de despedida.

—Ay, cielos. Cuánto lo siento. Debe haber pensado que somos unos anfitriones pobres, durmiéndome mientras él hablaba.

¿O había contado el cuento? Quizás lo había soñado.

—¡Vamos, cabezas soñolientas! Han dormido mientras nuestro invitado se marchaba.

Arregló las sábanas de sus camas mientras hablaba, y los niños despertaron bostezando. Miraron a través de la ventana la gran estrella que palidecía en el amanecer gris.

—¡Pero madre, no podemos acostarnos, pues ya es de día! —señalaron la luz creciente en la ventana.

—¡Vaya, pues es verdad! Qué extraño. Entonces, es la bendita mañana de Navidad. ¡Feliz Navidad, mis corderitos! ¡Que el Niño Jesús los colme de bendiciones!

Justo entonces, una luz suave comenzó a brillar alrededor del árbol, y muchas bolas de luz de colores parpadeaban dentro y fuera de las ramas del pequeño abeto, apagándose mientras los niños se acercaban a él con asombro.

—Justo como sucedió con el abeto en el cuento —susurró Vilma.

Y su madre asintió. Entonces no lo había soñado después de todo. El niño realmente había estado allí y les había contado la leyenda. Fue a la estufa para reavivar el fuego. La estrella había desaparecido por completo del cielo y el amanecer se hacía más brillante.

De repente, la puerta se abrió de nuevo. ¿El niño otra vez? pensó Ignacio mientras se dirigía hacia la puerta. Sin embargo, no fue el niño quien entró por la puerta, sino un hombre barbudo con un hatillo a la espalda. Qué momento para visitantes extraños, pensó Ignacio.

—¿Es usted el buen San Nicolás? —comenzó a preguntar, pero fue interrumpido por un grito de su madre.

—¡Amado mío!

Ella alcanzó al hombre y fue estrechada contra su pecho. El hatillo se cayó al suelo. A los niños, desconcertados, les pareció mucho tiempo antes de que los dos se separaran. Entonces vieron que lágrimas de alegría corrían por las mejillas de su madre.

—¡Hijos míos, miren! ¿No reconocen a su padre?

—Pero... nuestro padre está muerto...

Se acercaron más, buscando en el rostro barbudo algún rastro del padre que recordaban. El hombre atrajo hacia sí a los niños y a la madre frente a la estufa de porcelana.

—Estuve como muerto durante mucho tiempo. Arrastrado inconsciente a una orilla desconocida, me llevaron a un hospital y permanecí mucho tiempo sin saber nada, ni siquiera mi nombre. Lentamente recuperé las fuerzas, pero no la memoria. Trabajé para quienes excavaban bajo tierra buscando oro. Un día encontré una gran pepita de oro. Era de gran valor y la vendí por mucho dinero. No me hizo feliz, porque seguía como alguien sin pasado. Hace varias noches tuve un sueño. Un niño hermoso, con cabellos como el sol y ojos como joyas, se acercó a mi lecho. Me miró y me pareció que un millón de agujas afiladas perforaban cada centímetro de mi cuerpo, y un gran canto sonó en mis oídos. Sobre el estruendo, la voz del niño me llegó diciendo:

"El pequeño Ignacio y su hermana te esperan".

Y, sobresaltado, desperté y recordé mi nombre, mi hogar y todo el pasado. He viajado noche y día para llegar a ustedes en este día sagrado. Solo me detuve el tiempo suficiente para comprar regalos.

Señaló el hatillo caído. Los niños entonces se subieron sobre su padre y lo cubrieron de abrazos y besos, porque este era en verdad su padre, que había estado muerto y que por la gracia de Dios estaba vivo de nuevo.

Más tarde, revisaron el hatillo y encontraron que contenía dulces, juguetes y abrigos para los niños y para la madre. Ignacio, probándose los zapatos, pensó para sí que solo la noche anterior había regalado su único par de zapatos y ahora tenía dos pares, nuevos y brillantes.

La madre lo llamó hacia adentro, sosteniendo su pequeña Biblia. Ella no sabía leer, pero Ignacio sí, y la madre sabía el lugar donde se podía encontrar cada versículo. Le tendió la Biblia a Ignacio.

—Lee aquí —dijo, con su pulgar marcando un versículo.

Ignacio tomó la Biblia y leyó en voz alta:

"Y cualquiera que reciba a un niño como este en mi nombre, a mí me recibe".

La madre y el hijo se miraron a los ojos.

—Era el Niño Jesús —susurraron con asombro.